

*FESTIVAL DE CINE  
EL GRAN FESTIVAL  
FESTIVAL DE ESTRELLAS*

ARGUMENTO CINEMATOGRAFICO  
—— ORIGINAL DE ——

CESARE ZAVATTINI  
LUIS GARCIA BERLANGA  
RICARDO MUÑOZ SUAY



MADRID  
Gráficas Cinema - San Marcos, 38  
11 Diciembre 1954

Señoras y caballeros: En el año 1895, la gente vivía con bastante tranquilidad, como ustedes mismos pueden juzgar. Había ricos y pobres (he aquí, señoras y señores, algunas muestras). Unos, con el primer automóvil, y otros, con las últimas bicicletas. Había quien iba al mar, quien al monte y quien se quedaba en la gran ciudad a ver los campeonatos del mundo de lucha libre, de los cuales, si ustedes permiten, ¿es haremos ver con rapidez el momento en el que el campeón turco lanza su fulminante «llave Nelson».

Señoras y caballeros, inesperadamente, en medio de esta vida tranquila, estalló un grito: «Se ha inventado el Cinematógrafo».

El primer espectáculo, como podéis ver, se desenvuelve en una pequeña sala, y los espectadores han entrado pagando la localidad con mucho escepticismo. Sobre la pantalla aparece un jardinero, que con la manga de riego, en vez de mojar las flores, se moja a sí mismo por equivocación; después, he aquí una vía del ferrocarril y, a lo lejos, muy lejos, muy lejos, un punto, el tren; el tren, que avanza, avanza, avanza y se agiganta; cada vez más, e invade la pantalla y parece que, además, se precipita sobre los espectadores, los cuales se ponen en pie y huyen, horrorizados.

Desde este momento, señores, empieza la fortuna del Cinematógrafo. Un señor, de cuyo nombre no nos acordamos, declara que este invento serviría, con seguridad, para desarrollar la convivencia entre los pueblos. Y, en efecto, todos quieren ir a ver el tren que llega, quieren probar la gran emoción, el miedo, el terror. Durante muchos días, en la pequeña sala, los ciudadanos continuarán entrando, cada vez en mayor número, y saldrán corriendo, agitando las manos y con los ojos desorbitados.

Cada día que pasa, el cine se extiende como un fuego: he aquí los chinos, los japoneses, los esquimales, los groenlandeses, los negros, los blancos, los viejos, los niños, las mujeres, que lloran, quizá ríen, o quizá dén, todas, un grito de angustia. He aquí el cine, que mueve a todos, en las butacas, como las espigas del trigo son empujadas de acá para allá por el viento.

En la pantalla pasan maravillas siempre nuevas: personajes antiguos, Nerón, Napoleón sentado en una roca de Santa Elena, Cristo con la cruz a cuestas, el primer beso entre la gran actriz y el gran actor. Pero, en materia de besos, el cine hace progresos incontenibles. He aquí un beso que dura quince segundos, veamos este otro que dura treinta segundos. Hasta que se alcanza el beso más largo en la historia del cine: ¡Un minuto! He aquí el beso submarino, el beso acrobático, el beso cabeza

abajo. Cada película nos trae una novedad en materia de besos, señoras y caballeros, y nosotros estamos encantados de mostraros los ejemplos más bellos, más originales. Después, llega la época de reír, reír. El público, desternillado de tanto reír, parece un bosque agitado por un huracán. Mientras, en los Estudios, se lanzan decenas de tartas rellenas de crema. Hay tal consumo de crema que se organizan distribuciones de crema a los pobres, ordenados en filas y con cuchara en mano cada uno; después del rodaje pueden comer la crema estampada en el muro o en el rostro de los actores. Pero las emociones más grandes son las producidas por las galopadas furiosas en las praderas: ¡ que llega el chico! He aquí al actor malo que está apuñalando a la mujer atada y que debe bajar el puñal lentamente, porque el brazo asesino debe ser detenido por el salvador en el momento justo en que el acero va a penetrar en las carnes de la víctima.

He aquí la película de *gangster*, los cien modos de asesinar a la gente (tac, tac, tac, tac, tac, el revólver dibuja flores en las puertas, en los cristales de la ciudad! ¡ Qué valientes son los *gangster*! He aquí una escena en la que el *gangster* dispara, haciendo huir a la gente, mientras reparte sus tiros al mismo tiempo que unos besos a la mujer; pero, por causa de que el ritmo es siempre más rápido, termina por disparar a su amada y mandando un beso hacia la gente que escapa.

Señoras y caballeros, estamos en el año 1914, pero siguen, como pueden ver, las calles con ricos y pobres, con los que van al mar y con los que se quedan en la ciudad a ver los campeonatos de lucha libre. Repentinamente, sin embargo, una voz grita: «La guerra.» Les haremos ver, eso sí, con discreción, algún trozo de la ocurrida desde 1914 al 1918. Desgraciadamente, no tenemos todavía el sonoro y ustedes permitirán que sea yo el que haga los ruidos de las bombas: «¡ Bum, bum, bum!» No es perfecto, pero he procurado acercarme a la verdad como mis débiles fuerzas me han permitido. He aquí aún bombas, ruinas. Mirad el famoso y maravilloso castillo D'Gra lleno de grandes tesoros de arte, que con dos solas bombas, ¡ bum, bum!, ha quedado arrasado. No podemos haceros ver los muertos porque no tenemos intención de entristecer vuestra jornada. Al contrario, mirad, en el cielo, las granadas de mano estallar como fuegos artificiales, mirad. ¡ Es maravilloso!

Después llega la paz. Todos nos abrazamos. Todos dicen: «Es la última guerra», y arrojan las armas al suelo. Observad este señor, que ha enterrado su fusil y, como si fuera un perro, echa encima el último montón de tierra y después se aleja lleno de fe en el porvenir. Tiene razón, porque vemos que el famoso castillo D'Gra ya ha sido reconstruido, más bello y más grande que nunca.

En la pantalla pasan los hombres fatales. Aquí tenemos a Rodolfo Valentino, he aquí sus ojos, brillantes como estrellas en las noches de pasiones sin fin. Las mujeres, apasionadas por él, se suicidan, arrojándose desde

los puentes al paso del tren, al mar, mientras el director grita al divo fatal: «¡ Repite la escena! » (y advertimos cómo el galán, para estar a la altura de la estrella, ha tenido que subirse en un pequeño taburete).

Un día, inesperadamente, cuando el mundo menos se lo esperaba, un nuevo gran invento sacude a la pantalla: el sonoro. He aquí un fotograma que representa un hombre que intenta hablar, pero no lo consigue. Los técnicos trabajan alrededor de este fotograma y, finalmente, el hombre mudo lanza un grito. ¡ Ha conquistado la palabra !

Señoras y caballeros, como resultado de aquel grito han nacido sonidos y cantos a granel. Es la época de la despreocupación. Y el espectador se acomoda, feliz, en la butaca, comiendo chokolatinas, caramelos... El italiano come sus helados; el americano, chicle; el mejicano, tortillas; el chino, arroz; un caníbal de la Bubanda, un hueso de hombre, y los ojos de todos están fijos en la pantalla. Con absoluta felicidad. Por esto es por lo que, con cierta sorpresa, todos se encuentran frente a una nueva guerra.

Señoras y caballeros, esta vez ya tenemos el sonoro; por consiguiente, ya no es necesario que yo haga ¡ bum, bum ! Pero es la técnica la que os hace sentir con exactitud una bomba que estalla y que destruye un país y el grito de horror de un niño que huye. Vemos de nuevo el castillo D'Gra, arrasado por segunda vez; pero, ahora, sólo con una bomba. Aparece sobre la pantalla un rostro: el dictador A. K., que es un gran cónico camuflado de dictador.

Y un buen día, la guerra se termina y todos guardan sus uniformes de guerra en los armarios roperos, y el castillo D'Gra es reconstruido una vez más, con una rapidez mayor que la primera, porque la técnica continúa haciendo grandes progresos. Un hallazgo, como podéis ver, señoras y caballeros, es la casa prefabricada, que permite hacer una invitación al amigo para las seis, a las cinco y media uno va a la tienda, compra la casa y la monta en un dos por dos son cuatro, y a las seis llega el amigo invitado a tomar una taza de té.

Aquí están las lavadoras eléctricas, en las cuales las mamás lanzan a sus hijos y los sacan limpios y sonrientes dentro de una nube de talco. La Naturaleza misma ha mejorado: con una inyección, una manzana se hace mucho más gorda. Entre las naciones hay una lucha continua para superarse en el campo de la técnica. He aquí el aspirador eléctrico A, luego el aspirador B, C, E, G, H; el aspirador H es el más potente de todos, y es preciso usarlo con mucha delicadeza, porque se ha dado un caso en el que una pobre doméstica ha sido aspirada por el aparato mientras lo usaba ella misma. (Esta que os hacemos ver es la familia de la pobre doméstica, y el padre, un buen trabajador, y sus dos hijitos, que depositan una flor sobre la aspiradora eléctrica, tumba de su querida respectiva compañera y madre.)

También el cine participa en esta maravillosa reconstrucción de la vida. Los pueblos, anualmente, se reúnen en Montestoril para luchar libremente con las obras del ingenio cinematográfico. He aquí todas las banderas de todas las naciones; he aquí los delegados de todas las naciones; he aquí, en la gran pantalla de Montestoril, las películas mejicanas, con sus grandes sombreros; las películas suecas, con sus parejas desnudas, y las películas americanas y sus maravillas técnicas (¿...?): color, relieve, panorámica, cinemascope; para verlas mejor, he aquí a esta estupenda mujer que se aleja hacia el horizonte contoneándose. He aquí las películas rusas, con un tractor, dos tractores, tres, cuatro, mil tractores. He aquí a los italianos, con su cine rodado al aire libre; todo se hace en las calles o plazas, también el té de las cinco, etcétera, etc.

Este año, 1954, en Montestoril hay una atmósfera particularmente alegre, satisfecha, porque el Festival se ha dedicado a una cosa que está en el corazón de los hombres de todos los partidos y todas las naciones: la Paz. Mirad esta pancarta escrita sobre el Palacio del Festival: «Primer Festival Cinematográfico de la Paz.» Los aviones escriben con humo en el cielo: «Montestoril, Paz.» Las calles están llenas de símbolos de Paz, como flores, corderitos, etc. Mirad las caras sonrientes, satisfechas, de los delegados de todas las naciones. ¡Ah, qué bello es vivir! Así que tenemos el honor de haceros asistir a la inauguración de este acontecimiento, en el cual el cine llega a su más alta expresión, siempre proclamado desde su nacimiento, como un espectáculo que contribuye al nacimiento de la Paz en esta nuestra tierra.

Señoras y caballeros, el Gran Festival queda abierto. Veremos los productos del corazón de cada una de las naciones. Las estrellas y los actores, los hombres políticos de todo el mundo, los personajes famosos en todos los campos; hélos entrando en la gran sala del cine bajo los haces de luz de los reflectores. Están también los generales y los coroneles, que muestran sus rostros más sonrientes. Tenemos, sin embargo, que registrar un pequeño incidente, que ustedes mismos juzgarán como una cosa de poca importancia: un señor, a pesar de su aspecto simpático, es conducido por la Policía porque se ha presentado allí, en lo alto de la escalinata, frente a todas las cámaras tomavistas y a los reflectores, desnudo, cubierto sólo el sexo con una gran hoja de parrá. Este señor sostiene con garbo, con infinita educación, que, para desear la Paz sinceramente, es preciso desnudarse, no desear los trajes, que son la causa de las luchas, primero pequeñas y después grandes. Puede ser que tenga razón, pero no es ésta la noche más indicada para hacer tal propaganda, estando las señoras vestidas ricamente y llenas de joyas y los hombres vestidos de *smokings* negros o blancos. El público que forma callejón en la entrada aplaude, gritando: «¡Viva la Paz, viva la Paz!» Y, francamente, el Festival no podía empezar en una atmósfera mejor que ésta. Las estrellas y los actores se ceden el sitio entre ellos, y delante de los fotógrafos se apartan, modestamente, y se cubren con la mano el rostro, empujando hacia delante a su

compañero y compañera. Frente a las puertas continúan cediéndose genilmente el paso, en un excesivo alarde de delicadeza. Y no nos es difícil ver grupos de gente estacionados durante mucho tiempo, porque nadie se decide a entrar en primero. Habiendo un mendigo en la entrada del Festival, el esfuerzo de generosidad entre las personas es vivísimo, cada una quiere ser la primera en ofrecer, y es muy agradable ver a los señores que ofrecen su limosna con la misma cordialidad que se ofrece un aperitivo: «No, pago yo; no, pago yo; no, pago yo.» Aquí están, en la puerta, los veinte miembros que componen el Jurado, anunciados solemnemente con el nombre de cada una de las naciones. Uno de los miembros del Jurado declara al micrófono: «¡Vencerá el mejor!»

Un señor muy distinguido, vestido de frac, con una bonita chistera, sube la escalera y entra en la inmensa sala del Festival, adornada con alas blancas por todas partes, dirige una larga sonrisa a todos y se quita la chistera, decubiendo en su cabeza, calva, una paloma blanca que levanta inmediatamente el vuelo. Las acomodadoras—bonitas muchachas—están vestidas de seda blanca y llevan dos alitas de tul, que agitan graciosamente mientras acomodan a los espectadores...

El Presidente del Festival corta, finalmente, la cinta del mismo y empieza un discurso que hace salir las lágrimas en los ojos de muchas personas de los delegados de todas las naciones. Es agradable ver los ojos tan diversos unos de otros y cómo poco a poco se van humedeciendo y dando a los rostros de razas diversas una expresión de igual bondad y humanidad. Todos le dan ánimo al Presidente, pero no lo consiguen. La emoción es demasiado grande. Y entonces es sustituido por el Vicepresidente, que, con una actitud segura y brillante, quiere concluir el discurso de su predecesor. Pero, a su vez, la emoción lo embarga en el mejor punto, inesperadamente, y sólo un aplauso resuelve la situación, permitiendo así empezar con dulzura la serie de proyecciones.

Finalmente, las luces se apagan, mientras resuenan los últimos aplausos que han subrayado el discurso del Presidente o del Vicepresidente. Y he aquí, en la pantalla, los primeros haces de luz blancos de la película que está por empezar. En la sala, los espectadores se acomodan en las butacas; pero primero se vuelven con delicadeza hacia aquellos que tienen detrás, pidiendo perdón por si les quitan un poco de visibilidad. Los interpelados aseguran que todo marcha estupendamente, y, a su vez, demuestran la misma preocupación hacia aquellos que tienen a sus espaldas, y vemos así en la sala un movimiento general de cabezas que se vuelven y de cuerpos que resbalan sobre la butaca para bajarse al máximo, mientras suenan las notas de la música de la primera película.

Señoras y caballeros, la primera nación, por orden alfabético, que tiene el honor de aparecer sobre la pantalla con su película es la Argentina. La

película se titula *El señor Julito*. Vemos un pequeño interior burgués, con un señor de unos cuarenta años, de aspecto bonachón, que está comiendo, servido por su mujer, bastante graciosa. La mujer le dice que hoy irán juntos al cine; pero él no la escucha, porque lee una noticia en la prensa que le impresiona. Efectivamente, se levanta en pie y grita: «Ves, todavía existe el peligro de guerra.» La mujer lee los titulares del periódico y pone una cara triste porque reconoce que es verdad. Entonces, el señor Julito dice, con su cara bonachona, que es preciso intervenir, que cada ciudadano tiene el deber de intervenir. El señor Julito coge la maleta, la gabardina y dice que debe intervenir en seguida para impedir esta nueva conflagración. La mujer se ha enfadado porque el marido no la lleva al cine, pero a Julito no lo detiene nadie, grita que es preciso salvar millones y millones de vidas humanas. Nuestro señor Julito sale precipitadamente de casa y se va a la vecina playa. Aquí, en medio de la gente que tranquilamente se divierte, llena su maleta de arena, después de haber preguntado cuál era la más fina. La gente lo ve alejarse con su maletín, mientras saluda gentilmente a todos. Y el señor Julito, desde este momento, empieza a coger trenes, aviones, automóviles, para dar la vuelta al mundo con su maletín. Va a la República de Pam Pam, al reino de Bam Bam, al imperio de Tam Tam y por todo el ámbito de la tierra. En todos los lugares, después de mirar a su alrededor con circunspección, mete un puñadito de arena en los motores de los tanques, de los aviones, en las bombas, en los cargadores de fusiles, allá donde encuentra instrumentos de guerra. Desgraciadamente, se han dado cuenta en seguida de la obra del señor Julito, porque cablegramas, teletipos, etc., saltan desde Pam Pam a Tam Tam y a Mam Mam, dando las señas personales del pequeño hombre que se mueve en los campos bélicos inutilizando las armas. La Policía internacional mira todas las maletas de los viajeros, les da la vuelta; de las maletas sale de todo, pero no aparece la arena. El señor Julito todavía no ha sido encontrado. Continúan los cablegramas, los teletipos, y el señor Julito continúa estropeando motores y armas; pero, finalmente, he aquí la maleta tan rebuscada, llena de arena, y al señor Julito lo detienen. El señor Julito es reo confeso. «Lo hacía con fines de paz», declara. «¡Desgraciado!—le responde uno de los jueces, que le condena a muerte, y los jueces son de todos los Estados: Bam Bam, Tam Tam, Pam Pam—. ¡Desgraciado! Usted ha arruinado un patrimonio de miles de millones, el trabajo de años, el sudor, la fatiga de mentes y brazos.» Y lo colocan delante de un muro y los soldados de Pam Pam, Tam Tam y Bam Bam, a la voz de ¡fuego!, dicho en varias lenguas, disparan. Pero también en los fusiles el señor Julito ha metido arena. Apenas se dan cuenta los soldados, los oficiales miran amenazadoramente a Julito, que baja la cabeza tímidamente, como cogido *in fraganti*. Pero he aquí que llega corriendo un soldado con fusiles nuevos, asegurando que son recién salidos de la fábrica y garantizados. Efectivamente, a la nueva voz de ¡fuego!, disparan, y el señor Julito muere. Todos los delegados de Bam

Bam, Tam Tam y Pam Pam se estrechan calurosamente las manos, saludándose con estas palabras: «¡Hasta la próxima guerra! Se inclinan y se van, mientras la palabra FIN invade la pantalla.

Estalla una gran ovación, y nosotros tenemos el placer de oír en seguida los comentarios de uno, de una pareja, de un grupo. Comentarios rápidos o en alta voz, o en voz baja, o también al oído.

Un señor con una gran condecoración sobre el pecho dice que si el señor Julito hubiese llevado a su mujer al cine, en primer lugar, estaría vivo todavía, y, en segundo, estaría bien tranquilo con su conciencia de marido. Un tercero pregunta a su vecino si con aquellas naciones—Bam Bam, Tam Tam, Pam Pam—existe quizá alguna alusión a las naciones verdaderas.

Las discusiones continúan en los hoteles, en las calles, en las casas... En la bella playa ha sido detenido un hombre porque estaba cargando de arena, no una maleta, sino un carro, influído, evidentemente, por la película del señor Julito. Y un niño llamado Jaimito ha metido un poco de arena en el motor del pequeño coche de su propio padre, provocando la ira y ganándose una paliza al mismo tiempo que grita el padre que no es conveniente llevar los niños al cine.

Los únicos que no comentan nada son los del Jurado. Ellos tienen la obligación de no expresar ningún criterio antes del fin del Festival, y, cuando están a punto de dejarse llevar por alguna indiscreción, prefieren huir o meterse, como tapón, el pañuelo en la boca.

Henos aquí ante la segunda película, esto es, en la segunda jornada. Sobre la pantalla aparece el título de una película belga, titulada *La isla*. Se ve en seguida el mar con dos naufragos, que han conseguido salvarse sobre una balsa, donde recogen también cajas de cosas que flotan. Los dos se presentan, pero hablan un idioma distinto y, por este motivo, más que con palabras, se expresan con gestos y mímica. Por suerte, hay una isla cercana, pequeña, pero agradable, en la cual se acomodan alegremente. Tienen provisiones para poco tiempo, armas y hasta un aparato de radio. Podríamos decir que desgraciadamente, porque inesperadamente la radio, en una lengua que nosotros no conocemos, pero que traducimos para ustedes, queridos espectadores, en vuestro idioma, da la noticia de que entre los dos pueblos de nuestros amigos naufragos se ha declarado la guerra. Entonces los dos naufragos se ponen serios y, con tácito acuerdo, se reparten todos aquellos enseres y cosas que han recogido y montan dos campos opuestos a la distancia de unos treinta metros el uno del otro. La radio, por común acuerdo, la sitúan en la línea que divide los dos campos, y de esta manera sirve a los dos enemigos. Los dos enemigos han señalado sus fronteras, y a nosotros nos parece que no saben todavía comportarse; pero, tanto el uno como el otro, nos hacen ver sus intenciones, porque cargan el fusil y vemos a uno de ellos que se dispone a



disparar contra el otro, pero el otro ha tapado el agujero a través del cual le había visto moverse de un lado para otro. Sea como sea, se cambian algunos tiros de fusil. La radio transmite los partes de guerra, que una vez son a favor de uno y otra a favor del otro. Cosa esta que provoca la felicidad de uno o del otro, con gritos festivos, cantos nacionales, banderas levantadas al aire, etc. Hay también bombardeos aéreos, porque uno de los dos, con las lianas, como Tarzán, consigue hacer una improvisada incursión sobre el campo del adversario, disparando desde arriba una ráfaga de ametralladora. De noche intentan ambos una sorpresa; pero como al mismo tiempo tienen la misma idea, sucede que mientras uno conquista el campo del otro el otro conquista el campo del uno, así que, invirtiendo el orden de los factores, el producto no cambia. Efectivamente, los dos disparan otros tiros de fusil desde el campo en que son respectivamente en posesión. La radio da noticias de que, al fin, se va a tratar la Paz; pero justo en este momento los dos que se han lanzado de un sitio para otro bombas de mano, han estropeado la radio. ¿Se concluirán o no los tratados de Paz? Los dos sacan bandera blanca y se ponen de acuerdo para arreglar la radio. El trabajo es largo, y durante él vuelven a ser los buenos amigos de los tiempos de la balsa. Están alegres, gentiles, pero he aquí el momento en que la radio vuelve a funcionar. Efectivamente, se oyen las voces de todo el mundo, un canto, una noticia, una guía publicitaria, una música y, finalmente, la vieja estación: los tratados de Paz han fracasado, los dos Estados todavía están en guerra. Entonces los dos enemigos se separan precipitadamente, y con rapidez vuelven a disparar, furiosos, tiros de fusil desde sus trincheras, mientras la palabra FIN invade la pantalla.

Los aplausos son muchos, como la primera vez, y los comentarios, variadísimos, tanto en la sala como en otros lugares de Montestoril. Hay también un grupo de personas de varias naciones que charlan tranquilamente entre ellos, bebiendo *coktels* y comiendo bocadillos.

Cuando uno de los presentes se dispone a abrir la radio, todos se abalanzan sobre él para detenerlo, diciendo: «Estemos un poco tranquilos, nunca se sabe... Terminemos primero de comer estos deliciosos bocadillos, nunca se sabe...»

Y he aquí la tercera película, de Canadá. Es una película histórica, efectivamente; vemos en seguida una plaza de hace algunos siglos, rodeada de casas, donde un pregonero hace sonar estrepitosamente el tambor y a su lado un mensajero del rey se dispone a leer un bando. «Ciudadanos, bajad todos a la plaza, el rey lo manda, partamos en seguida hacia la guerra.» Pero nadie se asoma a las ventanas, nadie baja a la plaza; al contrario, vemos detrás de los postigos los ciudadanos que miran al mensajero del rey, que continúa repitiendo monótonamente y cada vez más fuerte su mensaje, mientras el tambor, entre lectura y lectura, llena el

ámbito con su gran fragor. Los ciudadanos, detrás de las ventanas, escondidos en sus casas, nos hacen ver su actitud, vemos al incierto, al menos incierto, a aquel que llega hasta el límite del umbral y, después, se vuelve atrás. Al que se pone la coraza doble o triple y, después, finalmente, se la quita y se pone el pijama del tiempo y se mete en la cama. En un momento dado es el rey en persona quien va a la plaza, cruza los brazos y levanta la cabeza indignado. Él en persona, después de un redoble de tambor todavía más fuerte, se coloca en medio de la plaza y llama a sus súbditos. La primera vez con suavidad: «Ciudadanos, os ruego que acudáis aquí, debemos partir hacia la guerra...» Nadie responde. «Ciudadanos —dice por segunda vez—, cuento hasta diez y os quiero ver a todos en la plaza, armados completamente.» Pero nadie responde. Entonces el rey da una orden tajante con su potente voz, una orden que verdaderamente da miedo, por su fuerza, su decisión y su volumen: «Ciudadanos, cinco segundos de tiempo u os corto la cabeza. Uno ... dos ... tres ... cuatro ... cinco—repite el rey—, cinco—repite por tercera vez—, cinco—repite él por la cuarta y última vez—, como si el «cinco» lo sacara del fondo de sí mismo.» El rey queda en medio de la plaza como quien espera con fe que esta vez se abran las ventanas y se descorran los cerrojos de las puertas. Pero en vano. Entonces, viniéndose abajo toda su entereza, el rey comienza a sollozar, apoyándose, como un niño, al muro, mientras el tambor vuelve a batir y la palabra FIN invade la pantalla.

Naturalmente, los comentarios son numerosos y variados, como siempre, pero nosotros no tenemos tiempo para registrarlos todos. (Registrar los comentarios de los ricos, no ciertamente iguales a aquellos de los pobres y los de los pobres que no son ni mucho menos iguales a aquellos de los ricos. Y el de los dos amantes, que encontramos, como de costumbre, en la cama, donde intercalan las batallas de amor con el comentario del Festival. Pero ¿qué es lo que piensa el pequeño Jaimito de esta película? Encontramos a Jaimito en la playa, que está jugando con una niña, todo sucio. Su padre le llama desde lejos con voz imperativa: «Ven aquí, Jaimito.» Jaimito no se mueve. Al contrario, mientras el padre sigue llamándole y amenazándole, le dice a su pequeña amiguita: ¡«Verás cómo dentro de poco se pone a llorar!» Pero el padre, que llega al máximo de la exasperación, como el rey, y precisamente en el momento que debía empezar a llorar, echa a correr, alcanza a Jaimito y le da dos palmadas fuertes en el trasero, por lo que es Jaimito el que, huyendo, se pone a llorar.

La proyección de las películas continúa despertando un interés creciente entre la prensa internacional. A Montestoril llegan, atraídos por el gran acontecimiento, personas de todas las partes del mundo. Entre éstos hay siempre alguna del tipo del señor desnudo, que tiene algunas ideas sobre la Paz. Efectivamente, uno besa a todas las mujeres que encuentra por la calle, ya que dice que la llave del amor es el fin de los celos y que un día de besos públicos y de cambios de mujer dará a la Humanidad la

Paz, ya que señalará el fin de los celos, que es el secreto motor de todos los desastres del mundo. Lo encontramos mientras besa a la mujer de un señor, el cual, sin descomponerse, después de haber escuchado las explicaciones del tipo, le dice: «Como símbolo, señor, yo os puedo comprender perfectamente, pero como realidad, me debéis permitir que os hinche un ojo.» Y de pronto le da un puñetazo, dejándole un ojo hinchado y morado, alejándose seguidamente con su mujer, saludando a todo el mundo con corrección.

Aquí tenemos la cuarta película; no queremos hacerlos esperar más. Dinamarca se presenta con un título largo y penetrante: *Por qué no se desencadenó la guerra del 190...* Vemos en seguida un viejo empleado, de cincuenta años, que se levanta por la mañana y sale de casa con su paraguas y su modesto impermeable—existe el peligro de que llueva—, despidiéndose de su mujer y de sus hijos. El empleado se marcha con la advertencia de su mujer, que le recomienda escriba a su tía Paulina. Nuestro empleado se da prisa porque está a punto de sonar la hora de entrada a la oficina y llega a las nueve, pasadas. Se sienta en su sitio, con la lengua fuera, porque ha tenido que subir las escaleras corriendo para llegar puntualmente al gran edificio donde está escrito con grandes caracteres: «Ministerio de la Guerra». Se encuentran soldados, oficiales que caminan todos con una gran prisa. Nuestro empleado se pone a escribir una carta privada, la que debe mandar a su tía Paulina, después de mirar en torno suyo con circunspección, mientras en el vasto salón todos los dactilógrafos están escribiendo a la orden de varios oficiales que dictan con aire decidido, marcial, casi como si estuvieran dando directamente las órdenes a la persona interesada. En resumen, hay un ambiente verdaderamente militar. Nuestro empleado escribe: «Querida tía: Estamos encantados de aceptar tu invitación, por lo que iremos a pasar las vacaciones a tu casita a orillas del arroyuelo...» El empleado se para y sus ojos vagan como quien sueña en la quietud de aquel arroyuelo. Pero en este momento entra como el viento el General en Jefe, poniéndose todos firmes a la voz de ¡en pie! Cesa el rumor de las máquinas de escribir por un momento. El general da una ojeada alrededor, ve todas las máquinas ocupadas menos aquélla de nuestro empleado y hacia ella se dirige con su paso autoritario. Nuestro empleado, precisamente en aquel momento, está metiendo dentro del sobre su carta para la tía Paulina. Se la mete rápidamente en el bolsillo y se pone firme delante del general. «Declaración de guerra—grita el general—. ¡Deprisa, deprisa!» Nuestro empleado obedece rápidamente y se pone a escribir bajo aquel impetuoso dictado del general, que parece como si estuviera disparando tiros de revólver con sus palabras, mientras detrás de él todos los oficiales están en actitud de firmes. En un momento, a un ritmo diabólico, queda escrita la carta, y el general grita: «Enviar hoy mismo, hoy mismo, ¡HOY MISMO!» Después cambia de parecer: «No, en seguida, en seguida,

¡ EN SEGUIDA ! ¡ Id ! ¡ Urgente ! » El empleado se pone en pie, se mete la carta en el mismo bolsillo donde hemos visto meter la carta para su tía Paulina, coge su sombrero e impermeable, mientras el general desaparece al mismo tiempo que en la gran oficina comienzan de nuevo los otros a dictar sus marciales misivas y sus partes oficiales. Pero el general se vuelve para abrir por un momento la puerta y a nuestro empleado, que ha olvidado el paraguas y está congeándolo. El general, que está todavía en el umbral : « ¡ Deprisa, deprisa ! »—dice, haciendo bocina con sus manos en la boca—, « ¡ DEPRISA ! », le grita, infundiéndole miedo con su terrible voz. Y entonces el empleado sale corriendo sin coger el paraguas. Con un corte seco nos encontramos a orillas del arroyuelo donde está la tía Paulina que vuelve a su casa. El cartero le da una carta, y ella la lee, poniendo una cara de susto ; luego dice a su criada : « ¡ Esto es horrible ! » ¡ Me han declarado la guerra ! Pero ¿ qué he hecho yo ? ¡ Me han declarado la guerra ! Mientras la palabra FIN avanza sobre su rostro espantado y casi lloroso.

Señoras y caballeros, no interrumpiremos y proseguiremos inmediatamente con la otra película, sin contaros que aquel día en Montestoril, y quizá en todo el mundo, los maridos han tenido especial cuidado en separar bien sus cartas, con el temor que aquella de la amante fuese a parar a manos de la esposa, o viceversa. Aquí, pues, tenemos una película del Ecuador titulada *¿Quién ha sido?* Vemos en seguida un cañón que dispara fragorosos cañonazos. Dos soldados tiran de la cuerdecita y cargan, mientras el observador dice : « ¡ Blanco ! », o dice : « Más a la derecha, más a la izquierda, más alto, más bajo. » Los dos soldados, mientras cumplen mecánicamente su deber de artilleros, hablan entre ellos. Uno de los dos pregunta al otro, con una idea repentina : « Oye tú, ¿ sabes el motivo de esta guerra ? » El otro responde : « No lo sé. » Pero hay un oficial que los mira con severidad, y entonces los dos soldados reanudan con más brío el tirar de la cuerdecita del cañón y el meter dentro obuses. Pero en el momento en que se dan cuenta de que el oficial no los mira, reanudan su conversación. « Ciertamente—dice un soldado, mientras introduce otro obús en el cañón—, el oficial lo sabe. » Efectivamente, el oficial en este momento está mirando por el telémetro a su alrededor con un aire cada vez más autoritario. Pero nosotros nos acercamos al oficial, que deja de mirar por el telémetro, y a otro oficial que está a su lado le pregunta también él, como asaltado por una idea repentina : « Pero ¿ sabes por qué el motivo de esta guerra ? » El otro oficial no responde en seguida ; después, indicando al general, que a su vez sobre un plano más alto está mirando a través del telémetro a su alrededor, dice : « Sin duda el señor general lo sabe. » Pero precisamente en este momento deja de mirar a través del telémetro el general y nosotros vemos desde lejos que pregunta a otro general que está a su lado y este general hace un significativo ademán con los brazos que significa : no lo sé.

Se ve que esta pelliculita ha hecho impresión en Montestoril, porque todos se preguntan, el porqué de la guerra. También nuestros dos amantes, y también Jaimito, que atormenta a su padre y quiere saber absolutamente el porqué de la guerra, la comentan. El padre no sabe qué responder, y termina enfadándose con Jaimito, como de costumbre.

No deben maravillarse, señoras y caballeros, si después de esta película en el ambiente de Montestoril se da largas a la pregunta: «¿Quién ha sido?» «¿Quién ha querido la última guerra?» Existe en Montestoril un ambiente de policía, digamos moral, y todos se apresuran a decir: «Yo, no; yo tengo la conciencia tranquila», y nuestro Jaimito dice: «Papá, tú eres el responsable.» El padre se pone en pie, y Jaimito continúa: «Porque tú has dicho que la guerra era justa.» «¿Yo?» Se pone en pie el padre, «¡Yo, yo no he dicho jamás eso, yo estaba en contra!» Y cierra la puerta con el temor de que estén escuchando las acusaciones de Jaimito. Jaimito insiste con saña, y el padre se coge la cabeza con las manos, gritando que el cine es la ruina de los pueblos.

Pero henos aquí ante la nueva película, las nuevas películas. El interés en todo el mundo por el noble concurso de Montestoril crece cada vez más. Lástima que por falta de tiempo sólo podamos haceros ver trozos de las películas más interesantes. He aquí, por ejemplo, un trozo de los ingleses. Vemos a continuación frente a nosotros una fila de soldados mientras un general les impone una medalla de guerra. El general, pronunciando palabras de elogio, concede la medalla de oro (insistiendo, de oro) a un soldado en cuyo pecho le cuelga. Brilla ésta a la luz del sol. El general pasa al soldado de al lado, mientras el soldado de la medalla de oro la coge entre los dedos y prueba con los dientes si es verdaderamente de oro. Convencido de que es de oro, se vuelve al soldado de al lado y, satisfecho y sonriente, le dice que, efectivamente, es de oro. Mientras, el general se dispone a colgar la medalla sobre el pecho de otro soldado. Pero tiene un momento de perplejidad porque no encuentra sitio donde colgar la medalla ya que este soldado lleva el pecho lleno de ellas.

He aquí otro trozo de película. Estamos en una frontera. Un señor de aspecto muy normal se acerca a la mesa donde el policía verifica el sellado de pasaportes. Sobre la mesa hay por lo menos veinte sellos. La persona de aspecto normal entrega su pasaporte y mira con una sonrisa a todos los policías, incluso a los que pasean abajo y arriba delante de la barrera fronteriza. El policía que está sentado a la mesa mira rigurosamente el pasaporte y, después, con autoritaria decisión, empieza a sellar el pasaporte, cambiando continuamente de sello. El repiqueteo de los sellos resuena en la mesa, mientras el hombre normal le acompaña con movimientos de cabeza que coinciden al mismo tiempo con cada golpe de sello que deposita sobre el pasaporte. El estampillado se hace cada vez con más autoridad, con rabia, y se ve que cada hoja del pasaporte está lleno de

sellos, llenísima, hasta que llegamos a la última hoja. Pero, desgraciadamente, quedan otros tres o cuatro sellos que estampar y el policía, interrumpiendo de pronto el sellado, dice: «Señor, ya no queda sitio, ¿qué hacemos? Todavía faltan tres sellos.» El señor del aspecto normal dice: «No sé, usted dirá.» El guardia dice: «Es que no hay nada de sitio, absolutamente nada.» El señor pone una cara de bonachón, gentil y comprensiva, y dice: «No se preocupe, lo comprendo, las exigencias de la Ley, renuncio a partir, no me marchó, no se preocupe, me quedo en la patria. ¡Lástima! Pero comprendo, comprendo.» Y quitándose el sombrero continúa diciendo: «No se preocupe, no se preocupe.» Y el policía, mientras el hombre se aleja dice: «¡ Otro, otro !»

He aquí otro trozo de película del cual sólo les podemos decir que se trata de un documental de cuyo título no nos acordamos. Sí, nosotros vemos en seguida que estamos en una fábrica donde se fabrica una cosa que no sabemos qué es, quizá búcaros para flores o alguna cosa por el estilo. Vemos la primera fase. Efectivamente, parece un búcaro. Una muchacha joven lo pinta con alegría y desenvoltura, conversando placenteramente con su compañera, que, a su vez, da otro golpe de pincel al búcaro en el momento que se lo pone delante. En este momento estamos en la tercera fase; no es un búcaro, porque no meten dentro flores, sino muchos hilos, hilitos, hilos más gruesos, pero que deben ser dispuestos ordenadamente, porque el encargado da un golpecito para ordenarlos precisamente como se hace con las flores de un búcaro. El encargado cumple su cometido sin mucha preocupación, cumple casi mecánicamente su trabajo, mientras se arregla el nudo de la corbata en el cristal de la ventana que tiene enfrente. Cuarto: el pseudo búcaro, con todos estos hilitos, pasa delante de un señor con barba, sobre cuya mesa está escrito «Control». El señor de la barba golpea, tira, muerde los hilos, golpea con un martillito, produciendo un sonido metálico. Escucha para oír el timbre, mientras una señora, que evidentemente es su mujer, le pide dinero a toda prisa. El, continuando su trabajo de control, da a la mujer dinero, la mujer insiste en que quiere todavía más y él se lo da. Reanuda en seguida su trabajo de control. Quinto: pasa el pseudo búcaro delante de un joven que mete dentro, rápidamente, un deslumbrante aparato, que quizá sea un reloj, porque hace tic tac, tic tac. El joven, mientras tanto, escucha, verificando la regularidad del tic tac, y alarga la mano hacia una joven que está a su lado y que está registrando sobre un libro el número del pseudo búcaro, número que finalmente vemos también nosotros. La joven tiembla toda ella y él le hace ver que ha hecho sobre el registro una serpiente en lugar de un número a causa del temblor que le ha provocado. El pseudo búcaro pasa a otro hombre que tiene dolor de muelas, evidentemente, ya que está vendado. Toma una cosa que no sabemos lo que es y la coloca sobre el pseudo búcaro. Después vemos que se trata de la cabeza de una bomba. El hombre, mientras pide una aspirina a su vecino de banco, alarga la

bomba a otro que la examina con un aparato eléctrico que proyecta sobre una pequeña pantalla para controlar su exactitud. Mientras cumple esta operación se quita los zapatos, no con las manos, sino con el pie. Al fin, la bomba se coloca sobre la mesa de un señor muy entendido que la pesa con las manos y se la da a un empleado, que la coge, a su vez, y vemos que la pone junto a tantas otras alineadas como se alinean las bombas. Sobre el muro resalta el escrito «Fábrica de Bombas», pero todavía tenemos en los ojos viva esta imagen de bombas alineadas que cogen los soldados y se las llevan.

Evidentemente, todas las capas sociales siguen el Festival, ya que el eco de la película (que llamaremos la película de la bomba) ha llegado hasta las fábricas, donde vemos un tipo alto y grueso que interrumpe su trabajo standard (es uno de los engranajes de la fabricación de carrillón), pues quiere ver con sus propios ojos (él, que es el número siete en la serie de colaboraciones mecánicas, que son treinta), qué producto sale de aquella cadena de colaboraciones. Queda satisfecho cuando comprueba que no hay truco, que se trata, efectivamente, de un carrillón. Y entonces se reintegra a su trabajo, feliz y contento.

Pero la consecuencia de la bomba la vemos también en casa de nuestro Jaimito, donde su padre, echado sobre la butaca, está leyendo el periódico y fumándose un cigarrillo. El padre siente que tiene sueño, deja caer de las manos el periódico, tira por la ventana la colilla del cigarrillo y empieza a roncar dulcemente. Jaimito ha mirado con sus grandes ojos, siempre atentos y asombrados, el lanzamiento de la colilla. Se ve que la cosa le ha impresionado. Delicadamente, con voz baja, llama: «Papá.» El padre no se despierta. Entonces, el niño, poco a poco, levanta el tono de voz, hasta que el padre, sobresaltado, abre los ojos. «Papá—dice Jaimito—, has tirado por la ventana la colilla.» El padre dice que sí y hace un gesto de reproche al hijo, que lo ha despertado para decirle esa cosa tan estúpida. Pero el niño está convencido que no es una cosa estúpida y empieza, con su cabezonería, a insistir sobre el padre, que responde con bufidos, continuando durmiendo. «Papá—dice Jaimito—, puede darse que la colilla haya caído dentro de la cesta de la señora Quaroni, porque la señora Quaroni pasa siempre a esta hora. «El padre hace con la mano un gesto, sin abrir todavía los ojos, que quiere decir: pero qué cosas piensas. Jaimito continúa: «Si la colilla ha caído dentro de la cesta, quemará poco a poco; ella no se dará cuenta, meterá el cesto en el cuarto de dormir, el cuarto se quemará, papá; el cuarto se quemará..., se quemará el edificio, y el señor Quaroni quedará arruinado y por la desesperación se tirará por la ventana. Y morirá. Papá, es preciso pensar siempre aquello que se hace. Cada gesto hay que pensarlo. El señor Quaroni ha muerto por culpa de tu colilla... El señor Quaroni ha muerto.» El papá de Jaimito se pone en pie, exclamando: «¡El señor Quaroni ha muerto, el señor Quaroni ha muerto!

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?» Jaimito explica que se trata de la colilla, y el señor papá hace un gesto de indignación y persigue a Jaimito a patadas.

Mientras Jaimito huye por los corredores de su casa, en la pantalla se proyecta otra película del certamen. Esta vez estamos muy lejos de la tierra, estamos en el Olimpo. Es imposible equivocarse, aquel señor majestuoso y potente, sentado sobre el trono, con una nubecita en los pies, es Marte, el Dios de la Guerra. Efectivamente, tiene sobre el brazo un gran escudo y una lanza. Escucha atentamente un confuso griterío que viene de abajo. Viene de la Tierra, lo mismo de la derecha que de la izquierda. Se ve que la cosa le molesta bastante, porque mueve la cabeza descontento. Como a quien le molestan en sus placeres. Efectivamente. El estaba recreándose, amoroso, con Venus. Poco a poco se oye mejor el significado de aquel vocerío y de donde vienen aquellas oraciones. Porque aquel vocerío son oraciones a Marte. Nosotros vemos a nuestra izquierda, allá abajo, un pequeño ejército moderno que se prepara a partir y que antes de partir levanta una oración de victoria al Dios de la Guerra. A la derecha vemos la misma cosa: otro ejército moderno que también se prepara a partir contra el que hemos visto primero, y también pide la victoria en sus oraciones a Marte. La oración tiene el mismo tono de las oraciones colectivas que se oyen en las iglesias. Marte está cada vez más molesto al verse interrumpido en sus recreos amorosos, y también Venus. Entonces suplica a Venus que espere un momento y se asoma hacia aquellos de la izquierda y dice: «Está bien, está bien, os ayudo.» Después se asoma hacia aquellos de la derecha y repite las mismas palabras. Después vuelve abrazar a Venus, mientras abajo se oye que ha estallado la guerra. Marte termina: «No me dejan nunca un momento tranquilo, ni un momento», dice, indignado, antes de estrechar sobre su pecho a la dulce Venus.

Señoras y caballeros, con un ritmo siempre creciente continúa el noble concurso. No tenemos ni tiempo para distinguir las naciones autoras de las películas, lo que importa es que todas las naciones, en sus breves o largos productos, graciosos o satíricos, grotescos u humorísticos, cómicos o patéticos, hacen sentir este deseo de Paz, hacen sentir sus intentos por buscar el camino para llegar mejor al corazón del hombre. Inspirarle horror a la violencia y llevarle dentro de todo aquello que de cristiano existe en el mundo.

Aquí tenemos un extraño Tiro de Pichón. Los cazadores están sobre la plataforma, como es costumbre en estos concursos, pero de las cajas no salen pichones, sino hombrecitos que estaban allí encogidos y que salen corriendo mientras el cazador dispara sobre ellos. Alguno ha sido herido,



algún otro no ha sido herido. Uno consigue superar el límite más allá del cual está la salvación y otro es detenido por un tiro en el preciso momento que llega al límite de seguridad.

Aquí tenemos una lección de tiro para los jóvenes. Está el instructor, que se enfada porque las balas no dan en el corazón de la silueta de metal que representa un hombre, contra la cual se ejercitan los jóvenes tiradores. Cuando, finalmente, y poco a poco el tiro se va mejorando y da en el mismo centro, el instructor queda satisfecho.

He aquí, a lo largo de las calles de una ciudad cualquiera, los voceadores que gritan la *guerra*, la *guerra* y un rico señor que se marcha a su casa, coge un automóvil, consulta el mapa de carreteras, carga sobre el automóvil una gran cantidad de provisiones de víveres, que recoge de prisa, y escapa, escapa; llega a un sitio, mira en alto, como midiendo si la cosa va bien, si está a recaudo respecto a eventuales ataques aéreos. No, no está muy convencido de estar seguro, y entonces busca otro sitio, excava el suelo y se construye un subterráneo, lo blinda, lo llena de víveres, transfiere todo su dinero al extranjero con un cheque, después participa en la manifestación de los ciudadanos que gritan «¡Entremos en guerra!» (Todo esto se desenvuelve a un ritmo fulminante, como en las viejas películas cómicas.)

He aquí una trifulca en la calle. Dos hombres que no se conocen, por un banal incidente, han tropezado involuntariamente cuando se cruzaban, llegan a las manos, se asaltan ferozmente; finalmente, sacan de los bolsillos las pistolas, se disparan y caen a tierra, muertos. Durante este encuentro hemos visto el paso gradual de dos hombres, el pasar de la normalidad, o, mejor dicho, de la felicidad de la vida a la más cruel e irracional lucha. Examinados por su feroz contienda con el rallanti, vemos minuciosamente la bestialidad de sus reacciones. Pero he aquí que, como por milagro, los dos muertos se ponen en pie (es un milagro cinematográfico) y toda la lucha se presenta rodada al revés, por lo que recorreremos todas las etapas, las fases del triste suceso. Pero, en vez de ir hacia un triste final, vamos hacia feliz inicio. Estos dos que hemos visto transformarse en dos fieras y después pagar con su vida este abandono a sus peores instintos, no parecen los mismos que poco a poco vamos encontrando en un momento de su vida civil y humana. Este es el principio de la película, cuando cada uno iba a sus propios asuntos, gozando uno del placer de encender un cigarro y el otro de tatarrear un motivo musical que le place tanto. Aquél hacía un momento que había saludado con la mano a un amigo, el otro apenas había terminado de comprar un periódico humorístico. Así la película termina con el fotograma que había comenzado, esto es, los dos en la misma situación de hombres los cuales tienen delante de sí un día bueno y de solidaridad.

Mas he aquí, señoras y caballeros, otra película con un título de mucho empeño: *El hombre*. Hay un conferenciante que explica a un centenar de expectadores una cosa. ¿Qué cosa? Sobre una plataforma cerca de él, iluminada por una lámpara que da un haz de luz, dos sirvientes traen un árbol y el conferenciante dice: «Un árbol.» La plataforma sobre la que está el árbol gira lentamente. Los sirvientes en seguida se lo llevan y traen un perro. «Un perro.» El perro mira a la gente que tiene delante con una mirada ausente. Los sirvientes se llevan al perro y llegan con un hombre. «Un hombre—dice el conferenciante—, un hombre.» Todos los rostros de los espectadores se llenan de atención. Es un hombre común, desnudo, con sólo una pequeña faja que le cubre el sexo. «Llora», dice el conferenciante. El hombre llora. «Ríe», dice el conferenciante. El rostro del hombre, poco a poco, adquiere claridad, se ilumina y una sonrisa embellece esta criatura que bajo el haz de luz asume un carácter de novedad, de revelación. La plataforma gira, y en el silencio y la atención cada vez más maravillada de los espectadores, nosotros vemos a esta criatura girar lentamente, hasta que cada uno la ve de todos lados. Parece que todos descubren por primera vez qué cosa es el hombre. El conferenciante le pone un sombrero en la cabeza, después un abrigo y el hombre se transforma en el hombre de hoy, y continúa con este su lento girar delante de los ojos profundamente curiosos del público.

Señoras y caballeros, esta mágica aparición del hombre debe haber hecho un cierto efecto en Montestoril, porque ustedes pueden ver ahora, a lo largo de las calles, que los hombres se miran con estupor, como si se viesan por primera vez, como si intentaran comprender algo de lo que ven. Es una curiosidad colectiva, que cada uno intenta esconder apenas el otro se da cuenta que lo está mirando. También nuestro Jaimito debe de haber comprendido la moraleja de la fábula, porque le vemos escapar frente a su padre. Jaimito ha roto un jarrón y escapa, y el padre le sigue. Pero Jaimito tiene una idea luminosa. Se para a unos veinte metros de su padre y se pone a girar lentamente sobre sí mismo, con idéntico gesto del hombre de la película bajo el rayo de luz. El padre se detiene y renuncia a la persecución; parece que también renuncia al castigo; pero después, como tantas otras veces, alcanza a su hijo y le da una patada en el culo.

Señoras y caballeros, estamos, por fortuna, hacia el fin de esta gran competición, e intentaremos, por esto, contaros lo más detalladamente posible esta última película que está pasando ante nuestros ojos.

Érase una vez una ciudad del mundo. Érase una muchacha de unos quince años, muy bella y muy buena, pero ciega. Ciega de nacimiento. Esta muchacha vivía con su vieja abuela, porque hacía mucho tiempo que había perdido a sus padres, durante la última guerra. Un día, la abuela lee en el periódico que un gran doctor ha encontrado el modo de dar

la vista a los ciegos, y la abuela, apenas ha leído la noticia, se ha puesto a gritar de alegría, y ella y la joven han dado la noticia a todos sus amigos. Pero después de la alegría ha venido la tristeza, porque para hacer esta operación se necesita mucho dinero: doscientas mil pesetas. Y la abuela de la joven vivía sosteniéndose con la pensión de guerra y, por fortuna, comían poco, por lo que iban tirando adelante las dos. Pero en el mundo siempre hay almas buenas, porque el caso de la joven ciega ha interesado a mucha gente y el periódico ha publicado su fotografía. Inmediatamente, todos se han conmovido y han enviado su óbolo a la joven para que pudiera hacerse la operación. También los extranjeros le han enviado dinero, y, además, los embajadores han ido personalmente a entregarle el dinero y darle su enhorabuena. Los rusos, los americanos, los chinos, los franceses, los ingleses, españoles, italianos..., en resumen, todo el mundo.

Y de esta manera la joven un día pudo hacerse la operación y todo el mundo esperaba con alegría el momento en que la joven pudiese abrir los ojos y viera todas las cosas bellas que nosotros podemos ver.

Este momento era esperado con gran ansia, no sólo por la joven y su abuela, sino por todo el mundo. Y todos pensaban y deseaban que la joven, cuando abriese los ojos, pudiese ver todo lo bello que Dios ha creado; pensaban que hubiera sido estupendo que con una sola mirada la joven hubiera podido recoger dentro de sus ojos lo mejor que existe en la tierra. Y por esto discutían en los cafés, en la calle, cada uno proponiendo aquello que la joven debía ver.

Alrededor de la casa de la joven se reúne mucha gente para el gran momento. Están todos vestidos como en los días de fiesta, hay un ambiente idílico, porque todos quieren contribuir a alegrar el panorama que la joven tiene que ver. Y están realizando por ella aquello que durante las fuertes discusiones de los primeros días han decidido realizar. Han recortado los árboles como si hubieran estado en la peluquería y dispuesto un rebaño de corderitos, que deben pasar con un pastor. Aquí y allá han diseminado bancos de jardín llenos de enamorados de varias edades. Sobre el prado, los niños juegan, con feliz armonía, con el aro o con la pelota, y la gente pasea y, cuando se cruzan, se saludan con mucha cordialidad.

Llega el gran momento y a la joven le quitan la venda. Su cuarto es blanco, amueblado con una sola cama, un solo armario.

Mientras, se dibuja el bello cielo azul en el recuadro de la ventana, por donde penetra un rayo de sol. La joven, que tiene a su lado los médicos con bata blanca, mira a su alrededor, después se dirige, como atraída por el rayo de sol, hacia la ventana. En este momento ha empezado fuera un canto como número uno de la organización, un canto de bondad y de belleza, compuesto con palabras de todas las naciones de uso universal, comprensibles a todos, al cual responde, sumiso, el coro de la multitud entera. Mientras la joven, con pasos lentos y como encantada, se

acerca más a la ventana. Bajo de esta, como cuando se está a punto de subir el telón del teatro y los actores rápidamente se sitúan en su sitio, cada uno se prepara a recitar su parte, y aquel que tiene la dirección de la escena, mientras da un último toque a un oficial que alegra con su vistoso y colorado uniforme el ambiente, llevando del brazo a una bella señora, repentinamente tiene una idea luminosa y le quita una gruesa y brillante espada, tirándola fuera del campo. La joven mira al cielo y a los árboles, cuyas hojas se mueven porque un grupo de hombres que se han escondido soplan, produciendo una brisa que agita las hojas.

En este momento la joven aparece en la ventana y su rostro se llena de maravilla y de emoción y los ojos se le humedecen. La joven sonríe de gozo y al mismo tiempo llora de alegría.

Pero dos hombres bastante fornidos que están saludándose recíprocamente con mucho calor empiezan a alterar el orden, porque el primero ha estrechado demasiado fuerte la mano del segundo y el segundo la ha estrechado más fuerte, como réplica al primero, hasta que los dos, en este forcejeo, están a punto de llegar a las manos. En vano, desde fuera del campo los otros los llenan de improperios, les llaman a su deber para que estén pacíficos y sonrientes. Y para que esta escena no se vea, pues amenaza convertirse en grave, los médicos que están en torno a la joven la distraen, haciéndole ver otras cosas. Pero como ella continúa absorta mirando a los dos que riñen, los médicos la dicen que aquellos dos bromean, y ellos mismos imitan la lucha para hacer ver que son niñerías, costumbres de juego. Pero no hay otra solución que mandar adelante el cortejo de las banderas que forman como un telón en el aire y cubren la escena de la lucha, mientras el canto crece e invade con las banderas toda la pantalla y la joven sonríe felizmente.

Señoras y caballeros, el Festival Cinematográfico de la Paz llega a su fin. Los miembros del Jurado que deben asignar el premio se han reunido para la decisión solemne en una gran sala. Delante de la puerta de esta gran sala esperan los periodistas y fotógrafos y los tomavistas de todo el mundo.

En este momento el Jurado está deliberando.

El juez francés se levanta y dice que le disgustaría que se acusara de nacionalismo su voto, pero que, sin embargo, está inspirado nada más que por el amor hacia la verdad y hacia la paz; por ello, no puede por menos que afirmar que la mejor película, que mejor ha ilustrado los sentimientos mundiales de la paz es precisamente la francesa. El juez se sienta, y se levanta inmediatamente el inglés, el cual dice: «Tengo el gusto de decir que comparto, palabra por palabra, todo aquello que ha dicho mi colega francés. Esta es la prueba de que no en vano en Montestoril se ha trabajado por la paz. He de decir solamente una variación final: allá donde mi colega dice francesa, yo lo sustituiría con inglesa.» Se levanta el tercer delegado, el americano, y abriendo los brazos con aquel típico

gesto que significa ¿existe alguna duda?, dice: «U. S. A.» El cuarto delegado, ruso, se levanta y dice: «Seré breve: no.» Mientras se levanta el quinto nosotros vamos un momento a ver lo que sucede en los pasillos del Palacio del Festival. Aquí encontramos algunos de los personajes conocidos durante el desenvolvimiento del Festival. El señor del símbolo, que simbólicamente afirma conceder su voto a las otras naciones; pero que, desde un punto de vista práctico, se siente obligado a concedérselo a su propio país.

Los dos amantes y tantas otras figuras, en las cuales vemos, poco a poco, nacer la discordia, porque cada uno de ellos, casi sin darse cuenta, quiere defender el producto del propio país.

Por lo demás, cuando volvemos al interior del salón, vemos que el Jurado está en plena lucha y que los miembros del mismo se han convertido en bestias feroces, y que en vano el Presidente hace sonar la campanilla.

Ya no existe aquella atmósfera hipócrita del principio, y las pasiones se manifiestan. Por lo demás, también en los corredores no bromean. Los altercados se producen por parejas o por grupos. Hay uno que defiende denodadamente la película del cañón, convencido de que ésta es la de su nación; pero, después que ha llegado casi a las manos, se da cuenta de pronto que la película de su nación es otra, y se aleja confuso. Mientras tanto, la atmósfera encendida ha llegado con su calor a todas las partes del mundo. Los títulos de los periódicos están llenos de interrogantes: ¿Quién ganará el Gran Premio en Montestoril? Cuando volvemos al interior de la sala del Jurado, nos encontramos a muchos señores con las solapas levantadas que se están batiendo a pistola. Suenan en el aire los tiros de pistola, y del duelo clásico y correcto se pasa a un cruce de disparos. El humo llena la gran sala, los disparos crecen, se transforman en los siniestros rumores de la guerra, y después la pantalla se llena de una visión ya famosa, conocida hasta por los niños: el gran hongo, la bomba atómica. Sobre esta imagen, mientras una música alegre llena el ambiente, avanzan las palabras de FIN DEL MUNDO Y FIN DE LA PELICULA.

*Buenas noches.*